

# LA DEFENSA DE LAS FEAS

## Y SU SUPERIORIDAD ENTRE LAS BONITAS.

Si el hombre debe complacerse naturalmente en aquellas cosas que le suceden en pro, ya vengan por una casualidad imprevista, ó ya por una sucesion de cosas pensadas, ¿con cuanta razon, mis amadas pirraquillas, no deberé congratularme en la presente ocasion que me toca en suerte el panegirico *intejible* de las feas? No hay que torcer los fruncidos ocuquitos, profesoras del gran cuño, las feas son seguramente las únicas que favorecen mi sensibilidad, por quienes suspiro larga y diffusamente, divinizándolas en mi acalorada imaginacion, y las que van a ser en este rato el objeto de mi gran cabeza.

Yo considero que de noventa y pico de madamiselas que me están escuchando, ninguna se juzgará comprendida en el aureo número de mis elogiadas, á pesar de que he visto al entrar en este muséo ambiguo mas de cuatro ojos lagañosos, la mitad y otro tanto apagados, algunas caras convertidas en arnero, tal cual nariz aplanada, y no pocos mascarones y arrugas, disimuladas con albayalde y nacar. Tampoco creo que las lindas se tendrán por agraviadas en las contraposiciones que intervengan en mi discurso, porque ellas llevan siempre consigo su elogio, y nada de lo que yo diga para florecer mi estilo debe ser creído, aunque di-

ga la purita verdad. Prestadme, pues, vuestra atencion y no hay que artugar esas cejitas encantadoras.

*Aquí el orador tosío, escupió, tomó un polvo; se estendió un susurro suave en el brillante auditorio con se resitos risueños, tronaron los abanicos, se exhalaban algunos suspiros y luego continuó, parando todas las orejas.*

Si el atractivo de las mugeres consistiera precisamente en la hermosura del semblante, dice un autorcito á la telégrafa, se veria la mayor parte de ellas abandonada al desprecio universal, pues el número de las feas es el mas crecido. Si este filosofillo hubiera consultado su sentir con las pirraquillas de nuestros tiempos, no hubiera encontrado un voto en pro, cuando ellas están persuadidas de lo contrario, y bastante escudadas con el epíteto de *bello sexo*, que se las atribuye. Y á la verdad que á mi me dan tentaciones de convenir con ellas cuando observo lo que pasa entre los cortejos lebitines y de patilla doble. Dias pasados se unió uno de estos con una jóven ciertamente liada, y á los seis meses ; cosa rara! Ya le parecia mejor una recamarera tuerta y lagañosa, amén de una pata chueca, y un despilfarro de tirador de imprenta. Pension es esta sin duda de toda la naturaleza que todas las cosas muda, pues con ansia se desean y con fastidio se gustan.

En efecto, señores, ¿quereis decirme cual es la definicion de la hermosura? ¿En qué consiste? ¿Cuales son sus dimensiones? Es ciertamente una cosa muy equívoca, y que hasta el dia no se puede responder sino con opiniones meramente arbitrarias é insubsistentes, apoyadas solo en la diferencia de los gustos. Hubo un tiempo en que por dos ojos azules se consumian mas de cuatro cabecitas entizadas, cuando hoy por una docena no hay quien exhale un suspiro galopado: los ojos dormidillos, las narices aguileñas, las bocas espaciosas, y los labios belfos, tuvieron su épo-

ca dorada. Pasó esta: dominaron las chatas; nada valen hoy las de ayer: las de hoy no gustarán mañana, y sucede con las hermosuras lo mismo que con las modas, que hoy son ridículas y mañana graciosas, cómodas y económicas, porque para todo encuentran razones sus partidarios.

Los hombres tienen por belleza lo que congenia con su fantasía, y si se preguntase al que hace la rueda á una tuerta, y al que pierde el juicio por una toma, cada uno diría que su pirraquilla era una Venus; que era su ídolo y su micomicona. ¿Qué concluiremos de esto? ¿Que todas son feas, ó que todas son bonitas? Yo me hallaría perplejo para decidirme á uno ú otro extremo, si no se hubiera inventado la filosofía: pero filosofémos aunque sea en cabeza agena, como hacen los escritores del nuevo cuño. Veamos como determina la belleza un célebre humanista, y de aquí conocerémos la fealdad por contraposición, por comparación, ó por lo que ustedes quisieren, pues á mí lo que me importa es elogiar á las feas bonitamente.

La belleza del rostro humano, dice Hugo Blair, es sin duda la mas complicada. Ella comprende la belleza: del color que resulta de las delicadas sombras de la complexion, y la belleza de la figura, que nace de las líneas que forman las diferentes facciones del rostro. He aquí una idea de las bonitas que aun no puede determinar la afición del corazón humano; porque la muger que reúne estas prendas, es por lo regular orgulloso, tonta, pasteles ú otros defectos que la constituyen una mera muñeca; pero una pirraquilla que aunque sea lagañosa y tuerta sabe reunir las prendas de la insinuacion y el atractivo, interesará mas seguramente que una bella esquiva y taciturna. Entended, mis amadas pirraquillas, que hablo de aquella jovialidad que de ninguna manera pueda contradecir con la modestia que debe caracterizar á vuestro sexo para ha-

cerse apreciable y justo entre los hombres sensatos. *In medio consistit virtus*. La demasiada rusticidad, así como el excesivo descaro, son los dos extremos que degradan á una señorita. En el medio consiste la virtud. La principal belleza, dice el mismo Blair, depende de una misteriosa impresion de las cualidades del ánimo, del buen juicio ó buen génio, de la viveza, candor, benevolencia, sensibilidad, y otras prendas amables. No es fácil resolver, porque en nuestra idea está conexas cierta conformacion de facciones con ciertas calidades morales; y así llegamos á formar esta conexion por instinto ó por esperiencia, y á leer en el ánimo por lo que vemos en el semblante; pero es hecho cierto y reconocido, que lo que hermosea el rostro es su expresion, ó una imágen que concebimos de sus prendas morales.

Oid por vida vuestra lo que dice otro autorcito de igual fama entre los literatos. Hay entre las que se tienen por feas, bellezas que la vista no percibe; jamas una union duradera deja de estar fundada sobre un mérito cierto. No son las mugeres mas hermosas las que inspiran las pasiones mas fuertes. ¿Quién es capaz de conocer al ver una muger todo el interes que puede inspirar en una conversacion? ¿Se puede adivinar el juego, el arte, la sal de sus expresiones? ¡Cuántas gracias animadas no salen de sus ojos que parecian frios ó distraídos! Así, pues, una sonrisa inflama un corazon, cuando á otro nada mueve. Esta diversidad de gustos hace que todas las mugeres hallen amantes, y que la que parece mas desgraciada no tenga muchas veces que envidiar á la que recibe públicos aplausos, que no se sostiene siempre en un trato, ó en una conversacion seguida. Allí desaparecen regularmente los engaños del arte; allí la hermosura feroz y soberbia no tiene las mismas perfecciones, y la rival que desdeñaba, recibe triunfos multiplicados, debidos á gracias que no dependen de la hermosura altiva y vana.

Si el amor, como decía Ninon de Lenclos, es la pieza en que los entreactos son los mas largos, ¿qué cosa mas agradable que hallar en una pasión, que algunas veces envilece al hombre, esta amable y graciosa razón que le ilustra y le instruye, y convierte los placeres puros que solo pertenecen al alma?

Mas para que veáis que mi gran cabeza no está muy exhausta, de testículos y autoridades con que apoyar mi discurso, oid todavía otros que van á garantir el elogio de mis clientulas.

El impio Voltaire empeñado en envilecer al hombre y en igualarlo á las bestias, decía que el amor era puramente físico, esto es, que no hay amor entre personas de diferente sexo, que no lleve precisamente el interés de los sentidos ó del placer de la concupiscencia; pero piensa el ladrón que todos son de su condición. Aquel malvado materialista no sabia amar seguramente sino apoyándose á su impiedad. Veamos lo que dice el Abate Nonote, aquel sábio impugnador de los filósofos impios. Hay amor puro, así como lo hay concupiscible, y no siempre es el interés de los sentidos el que dirige sus movimientos apacibles. Unas mismas pasiones son bien diferentes en los hombres: el mismo objeto les puede agradar por diversos respectos; v. gr. á una muger, á quien muchos se le aficionen, pueden unos amarla por su espíritu, otros por su virtud, otros por sus defectos &c.: luego se puede buscar en el alma alguna cosa mas pura que el interés de nuestros sentidos? Así lo creo yo: vease aqui en que me fundo, continúa el autor. Veo cada dia que un hombre rodeado de mugeres, á quienes nunca ha hablado, no siempre prefiere á la mas bonita, aunque le parezca tal. ¿Por qué? Porque cada hermosura designa un carácter particular, y nosotros preferimos el que se acomoda mas al nuestro: luego es el carácter quien nos determina: luego es el alma lo que bus-

camas: no se me puede negar. Supuesto, pues, que todo cuanto se presenta á nuestros sentidos, no nos agrada sino en cuanto es imágen de lo que se oculta á la vista, se infiere que amamos las cualidades sensibles, cuya imágen son; luego es verdad á lo menos, que el alma es la que mas nos mueve: el alma no es agradable á los sentidos sino al espíritu; luego el interés del espíritu es el interés principal, y si el de los sentidos le es opuesto, se lo sacrificamos: bastará para esto que se nos persuada que le es enteramente opuesto, y que es un borron para el alma. He aquí el amor puro, explicado por este sábio defensor de la religion, y de las costumbres de los católicos. El marqués de Vauvenargue apoya tambien este sentir cuando dice en su obra del *Conocimiento del espíritu humano*, que en el amor se mezcla regularmente mucha simpatia; esto es, una inclinacion, cuyo modo forman los sentidos; mas aunque formen el nudo, no siempre tienen ellos el interés principal; pues no es imposible que haya un amor exento de groseria.

Ya veis, pues, mis amadas chucurracas, que solo aquellas personas que semejantes á los animales no conocen mas placeres que los de los sentidos, tendrán por cosa muy difícil el que entre sujetos de distinto sexo suspire por otra causa que no sea el amor impuro. Pero confesad al mismo tiempo contra los partidarios de las bonitas, que solo á las feas es dado el inspirar estos dulces y apacibles sentimientos, bajo las leyes de una moderacion discreta, y que á proporcion de que crece la hermosura corporal, es mas peligrosa la adhesion de los sentidos. Luego las feas en todos tiempos serán las mas amables para los justos apreciadores de la virtud y el mérito.

¿Pero qué diremos chucurracas mias si vosotras sabeis unir á la hermosura material, la belleza del espíritu y las prendas todas de aquel atractivo vir

tuoso que os hace tan encantadoras?; Ay! Yo no puedo pensar en esto, sin entusiasmarme en vuestro favor, y sin dar motivo al desporrongamiento de algunas cabecitas virgerentes que me escuchan.

Desengañémonos pues, de que por mas que nos diga toda la caterva de filósofos y poetas del siglo de oro, del siglo de plata, del de cobre y del de plomo: por mas que nos digan todas esas grandes cabezas, no es propiamente la belleza material de los cuerpos la que ha trastornado, y trastornará á los profesores del amor faemigerente, conduciéndolos á tantas y tan diversas escenas de risa y fuesidad. No es esta, concluiremos con el gran Muratori, la que engolfa y mantiene á el amante en el mar de aquel afecto, unas veces alegre, otras inquieto y triste: del alma vienen disparadas las mas fuertes y envenenadas saetas. Es decir: aunque la hermosura corporal es bastante á interesar el corazón; para transportar el alma y sacarla fuera de si; para que pase á una obstinacion inexorable, son necesarias otras salecillas que solo suelen concederse á las feas. El espíritu, el brio, la gracia, la buena disposicion ó gentileza, el hacer que asome á los ojos toda el alma, la melodia de la voz, las palabras melosas y lisongeras, alguna lagrimita derramada con oportunidad y dulzura, y aquella zalameria encantadora que produce el... no se que... son otras tantas ruedas maestras que sin necesidad de tener una gran belleza ó hermosura corporal, pueden hacer que giren á su rededor las cabezas de muchos, que no se saben guardar cautelosos, ó no conocea al enemigo. Estos, estos son los principales enemigos que roban la quietud y el sosiego, que enflaquecen tal vez y disminuyen el juicio, á quien tiene mucho, y lo consumen todo al que tiene poco.

Es pues inconcuso, mis chucurraquillas, que por mas que vuestros cuerpos estén formados con bella si-

metría: por mas que tenga un colorido cambiante, vivo y hermoso, si os falta el espíritu, el donaire, la vivacidad de ingenio, la graciosidad, el garbo, y sobre todo aquella encantadora moderacion que os hace amar y respetar á un mismo tiempo, no sereis mas que unas estatuas ambulantes, y no podreis prometeros mucho: ni muy fervorosos adoradores. Mas al contrario, si aunque seais tuertas, patichuecas y lagañosas reunis todas estas prendas del espíritu, sereis siempre superiores á las hermosas, atontadas y esquivas, hijas del yelo. Por lo comun, las menos hermosas, las feas del todo, son las que mas procuran reunir aquellas prendas interesantes, y por consiguiente serán las que mas merezcan nuestros respetos y estimacion, con preferencia á las bonitas.

Un murmullo universal mezclado con el ruido de los aleteantes abanicos corrió por todas las filas de estrado. Los vivas y las aclamaciones medrosas de algunas pirraquillas lisiadas que conocian sus defectos corporales, hacian el eco de los merecidos aplausos, y el orador voló á sentarse junto á su pipinina, quien poseia la hermosura exterior y la belleza del espíritu.

Reimpresa en Méjico oficina de Oniveros. 1820.